

El positivismo latinoamericano

Positivismo y modernismo: encuentros y desencuentros

De sobra es sabido que cualquier forma de pensamiento bien valorada tiene su consolidación o aplicación correspondiente en la ciencia, la literatura o el arte. El platonismo nos dio una literatura española «neoplatónica» espléndida en nuestro Siglo de Oro. Pero también es verdad que son muchas las veces en que un pensamiento original, una filosofía, va tomando, en generaciones sucesivas, diferente cariz, deformándose muchas veces su esencia, mal interpretándose o aplicándose al propio interés social. El positivismo se aplicó al arte, a la ciencia y a la realidad política y social pero fue perdiendo el sentimiento exaltador e idealizador que le habían dado sus fundadores. Además, en América Latina no fue interpretado de la misma manera que en Europa, porque, en un principio, las realidades eran del todo diferentes. Al positivismo europeo pertenece una burguesía liberal interesada en el progreso social e industrial. En América Latina, por contra, más que un método científico fue una ideología que supuso el «desmantelamiento de la metafísica y la religión de las conciencias»¹. Fue la tabla de salvación de un continente que, desesperadamente, buscaba cómo progresar e ingresar en la civilización². Fue el método al que se acogió un continente que pretendía partir de cero, sin previa experiencia, borrando un pasado de servidumbre. Así el positivismo, en esencia, es un proyecto de civilización y de regeneración que pretende al mismo tiempo borrar el pasado heredado y transformar la realidad presente. Sobre ello tratarán Mora, Sarmiento o Alberdi. Y Bilbao declarará:

¹ Véase Octavio Paz, «Traducción y metáfora», en la edición de Lily Litvak, *El modernismo* (Madrid: Taurus ediciones, 1975), p. 105.

² Declara Sarmiento: «La América del Sur se queda atrás y perderá su misión providencial de sucursal de la civilización moderna. No detengamos a los Estados Unidos en marcha; es lo que en definitiva proponen algunos. Alcancemos a los Estados Unidos. Seamos la América, como el mar es el Océano. Seamos Estados Unidos». Sarmiento, «Carta a Francisco P. Moreno», *Pensamiento positivista americano* (Venezuela: Biblioteca Ayacucho, 1980), p. 139.

Nuestro pasado es la España. La España es la Edad Media. La Edad Media se componía en alma y cuerpo del catolicismo y de la feudalidad. ¡Esclavitud, degradación... He aquí el pasado!³

Las causas de su retraso, por tanto, las atribuyen, en gran medida, a la herencia hispánica que, en vez de introducir la virtud del trabajo (como sí hizo la civilización yanqui), introdujo la cruz y la holgazanería. A tal estado de cosas se opondrán los positivistas mediante un canto al trabajo —canto dariano y martiano—, una reforma mental y la irreligiosidad.

El 16 de septiembre de 1867 nace la doctrina del positivismo en México, a través de *Oración cívica* de Gabino Barreda. Su lema será «por el Orden, la Libertad y el Progreso» (el de Comte es «Amor, Orden y Progreso», pues niega el principio del liberalismo). Barreda propone trabajar «por la educación científica en la libertad», y para ello expone un programa educacional. Los positivistas buscan, con ahínco, reformas y revoluciones mentales que acaben con el catolicismo barato y el feudalismo (servidumbre). Del retroceso al progreso, de la barbarie a la civilización a través de ciertas reformas en el campo educativo, pues de lo que se trata es de que haya un cambio de mentalidad (el krausismo propugnaba exactamente lo mismo: la regeneración de esa España agónica de fin de siglo). Los positivistas son regeneracionistas que entienden que sólo el conocimiento científico de la realidad permite la transformación de ésta. A través de la educación se librarían de la herencia colonial, se desespañolizarían. Esa búsqueda de la emancipación mental tendrá su correlato en la búsqueda de la emancipación literaria con el modernismo. Las pretensiones de los positivistas iban tan lejos (¿y no eran idealistas?) como fundar un nuevo orden (reorganizar sus sociedades) destruyendo lo heredado, el orden colonial impuesto. Los instrumentos de los que se valdrían para su consecución serían la inmigración y la educación. Plantar, aclimatar en América Latina la libertad inglesa, la cultura francesa, la laboriosidad del hombre de Europa. Este contagio se impone, también, en lo literario y de ello es ejemplo el modernismo. El cruzamiento de razas que pregonan los ideólogos es el cruzamiento literario que propugna Manuel Gutiérrez Nájera⁴, es el cosmopolitismo literario tan afín al modernismo y que defienden, por ejemplo, y aunque de forma diferente, Darío o Martí.

El positivismo actuaría sobre todo en la educación —como el krausismo—, en la política y en la religión, generando profundos cambios ideológicos. Hay un positivismo religioso («Religión de la Humanidad» que tiene su base en la fe demostrada en lugar de la fe revelada); un positivismo político un tanto complicado por las distintas doctrinas personales, a veces contradictorias entre ellas mismas; y un positivismo educacional, pedagógico,

³ *Ibid.*, XXI.

⁴ Podría, perfectamente, establecerse un paralelismo semántico entre la declaración de Juan Bautista Alberdi acerca de la europeización de América, en sus Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina, y el artículo de Gutiérrez Nájera sobre «El cruzamiento en la literatura», *Obras, Crítica literaria*, I (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1959).

como el que postularían Sarmiento o Varela. El positivismo desplazaría a las escuelas espiritualistas como la krausista.

La crítica del positivismo a la religión y a la ideología tradicional motivó el desgarramiento espiritual que acusaron los modernistas. Imposible expresar de forma mejor que Martí el fruto de esas vertiginosas transformaciones ideológicas, sociales y políticas. En el prólogo que hiciera al poema del *Niágara* de Bonalde, Martí prevé una época de crisis de la cultura europea y estadounidense. Anuncia el desmoronamiento de los valores tradicionales, el desgarramiento espiritual, el vacío existencial y el desahucio de los nuevos escritores, los raros, frente a la sociedad. Con esos adjetivos tan del gusto modernista describe dicha época de la siguiente manera:

Suspensa, pues, de súbito, la vida histórica; hartos nuevas aún y hartos confusas las instituciones nacientes para que hayan podido dar de sí —porque a los pueblos viene el perfume como al vino, con los años— elementos poéticos; sacadas al viento, al empuje crítico, las raíces desmigajadas de la poesía añeja; la vida personal dudadora, alarmada, preguntadora, inquieta, luzbética; la vida íntima febril, no bien enquistada, pujante, clamorosa, ha venido a ser el asunto principal y, con la naturaleza, el único asunto legítimo de la poesía moderna⁵.

Señala Paz cómo el modernismo sería la respuesta americana, la necesidad espiritual ante el vacío dejado por el positivismo. En España, sin embargo, no se buscaba un cambio urgente, puesto que el krausismo, imperante en ese tiempo, era un sucedáneo de la religión (deísmo racionalista). Por ello, posiblemente tardó más en arraigar el modernismo. En España tampoco la Ilustración dismanteló a la religión de la misma manera que en el resto de Europa. No había, por tanto, una imperiosa necesidad de buscar una creencia sobre la que vivir.

Entre los principios sobre los que se asienta el positivismo descuellan el de la absoluta libertad (si bien el ortodoxo comtiano se guía por el lema de «Orden para la libertad», aunque sea de forma tiránica, y caso representativo es el de Porfirio Díaz, «el tirano honrado»); o el de la separación Iglesia-Estado. El positivismo abogó por la libertad, y caso claro es el de Cuba. Por su libertad trabajaron intelectuales como Varona, de la Luz y Caballero o Varela (Martí, otro libertador, fue, también, en sus inicios, positivista).

Positivismo y modernismo

Son más los aspectos que separan al modernismo del positivismo que los que les unen. De hecho, el modernismo parece surgir como una protesta contra el panorama desolador que el positivismo había dejado. El modernismo se une al espiritualismo y al subjetivismo (acercándose a Croce⁶) de la lengua como una reacción contra el cientificismo y el positivis-

⁵ José Martí, *Obras Completas* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975), t. 7, p. 229.

⁶ Existe una similitud de criterios entre Benedetto Croce y los modernistas por lo que respecta a la valoración del conocimiento intuitivo y de la expresión. Los modernistas identifican lengua y expresión espiritual en tanto el positivismo se contenta con «conocer la lengua, no en su fluencia, sino en su estado». En el modernismo el lenguaje será el supremo agente de la creación poética. Para Croce el placer o la excitación artística proviene de nuestra imaginación.